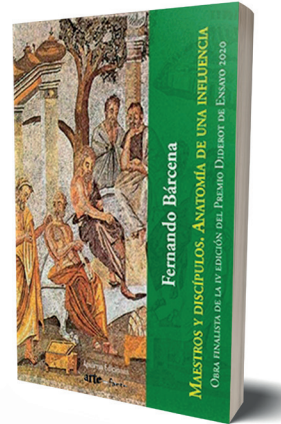


Maestros y discípulos. Anatomía de una influencia

Autor: Fernando Bárcena



En la primera parte de sus memorias, *La lengua recuperada*, evocaba el Nobel sefardita Elias Canetti la diversidad de sus maestros y reivindicaba a esos alumnos que, con mayor o menor, maílica, los imitaban en sus gestos y su mensaje. Como todo sueño diurno, como toda fórmula de humor, el fenómeno tenía al menos para Canetti- una indudable profundidad: si los niños, decía Aristóteles, aprenden a hablar por imitación, los alumnos aprenden lo que es la sociedad en un aula, imitando a sus maestros. Algunos pueden banalizarlo pensando -y aplicando- que el proceso de aprendizaje consiste en el endurecimiento del alma, el sufrimiento sin para qué, la rutina desapasionada combinada con una competitividad extrema, pero este es el punto de partida del ensayo

que nos ocupa: *Maestros y discípulos. Anatomía de una influencia* (Ápeiron, 2020) de Fernando Bárcena, a la sazón finalista del Premio Diderot de Ensayo.

Nótese que en la imitación los alumnos no ganan nada, ni conocimiento, ni objetos, ni reputación, pero tampoco los profesores son conscientes de lo que enseñan, ni a quién exactamente, ni con qué profundidad. Hace falta pues desvelar o, como mínimo, formular, un cierto misterio, despejar o alumbrar una incógnita -sabemos que hay algo de geómetra y algebrista en el oficio de filósofo, también en la pedagogía-, trabajar el proceso de aprendizaje: ¿qué es exactamente?, ¿quiénes lo ejecutan y quiénes son sus cómplices necesarios?, ¿qué condiciones son las idóneas y qué atenuantes encuentra?

Como una novela negra, como un thriller de cine noir, así la “anatomía de una influencia” guarda un paralelismo claro con aquella “Anatomía de un asesinato”, filme de Otto Preminger. Se trata, como sabían Poe y Conan Doyle, creadores de aquellos primeros detectives racionalistas, no tanto de imponer hipótesis -por costumbre, por inercia personal- a los hechos, como de intentar entender, acaso camuflándose, mimetizándose con el contexto, ese hecho irracional que es en el segundo caso, el homicidio, en el primero y que ahora nos interesa el aprendizaje.

Bárcena aborda la relación maestro-discípulo precisamente como un “misterio” y, con acierto, no desprecia ningún ángulo de observación, como él mismo confiesa, ningún género literario, narrativo, filosófico-científico. Literatura y filosofía, a fin de cuentas, nacieron tensionadas -y con ellas afloraron conceptos que estarían siempre también en tensión, como obediencia y autonomía. En ese momento originario que representan el maestro Sócrates y sus discípulos, que son, somos, a nuestro modo, todos los ciudadanos de la polis, hay en efecto tensión: tensión por la confrontación con lo que sabemos a solas, lo que no se ha contrastado en el diálogo, lo que sabemos por pertenecer a una clase, a una casta, a una familia, y no por

pensarlo por nosotros mismos; tensión también sexual, por los circuitos de deseo que atraviesan a los protagonistas de los diálogos platónicos y que también podemos reconocer en nosotros, en un abanico que va de la filía a la atracción corporal. “No hay filosofía sin amor. No hay filosofía sin amantes. No hay filosofía sin una relación de amantes que son, entre ellos, maestros y amigos. No hay filosofía sin maestros y discípulos que son amigos entre sí”.

No sólo se nos recuerda en este ensayo ese trasfondo amoroso y magnético en la influencia maestro-discípulo. Bárcena encuentra en dicho trasfondo de nuevo algunas pesquisas, porque “los enamorados se hacen preguntas porque se aman”. Este amor encierra también, nos dice Bárcena, un deseo de reconocimiento que funciona precisamente por su desigualdad -una desigualdad que ambos necesitan a su manera, pues no solo hay jerarquía descendente, de maestro a discípulo, ya que los discípulos eligen a sus maestros y, así, lo invisten como tal; es una desigualdad que no deja de encubrir también un combate, una lucha por la dominación. Pero este amor es también un amor mediado, que se desarrolla a través de instancias y mecanismos que pueden convertir a cosas y personas que no sospecharían de su maestría en maestros y maestras

vicarios: si se es maestro sin elegirlo, también se podrá serlo sin estar encarnado, y es que el ritual no requiere más que de un vínculo y al extremo opuesto al del alumno puede situarse una obra de arte, un testimonio, una huella del pasado, que pueden seguir provocando, activando la memoria, cuya renovación, es decir, cuya influencia sobre el presente, es permanente, como saben Freud o Proust, entre otros.

Hay en este punto un conflicto en el análisis de Bárcena, un equilibrio quizá demasiado frágil, una dialéctica explícita y de difícil resolución entre el maestro visible y el invisible, o mejor, entre el tangible y el intangible. ¿Es la “anatomía” una ciencia posible cuando refiere a un cuerpo etéreo de un maestro ausente? ¿Lo es, en caso afirmativo, en la misma manera que lo es sobre los cuerpos reales de un maestro y sus discípulos? El único caso que reconcilia los dos opuestos, tangible e intangible, histórico y abstracto, logos y carne, persona y literatura, es, nos aventuramos a decir, Cristo, al que Chesterton llamó “hombre eterno”: maestro capaz de decir “Noli me tangere” a su discípula, es uno de los pocos que, al menos inicialmente, eligió él a sus discípulos y dejó abierta la puerta para que otros, en su estela pero también en otros ámbitos, derivaran a otro ajeno y poderoso la

fijación de sus tareas, lo que llamamos “vocación”. En ese mismo valor casi religioso de lo visible y lo invisible, siguiendo a Merleau-Ponty, se cifra otro de los enigmas que sugiere el libro, esa “inquietante presencia”, una presencia que maestros y discípulos tienen que aprender a ver y que deja siempre un tiempo-otro, deja siempre huecos, vacíos donde no puede ni debe llegar (en este punto Bárcena se manifiesta en contra de la “omnipresencia digital y tecnológica”).

Hay, por último, una reflexión que atraviesa todo el ensayo pero que está particularmente presente en los capítulos finales sobre ciertos riesgos en esa “influencia”, riesgos que pueden resolverse de manera feliz, por ejemplo, cuando un alumno recuerda al que fue su maestro y lo identifica a pesar del paso del tiempo, o de manera trágica o fallida, por ejemplo, cuando Zaratustra rechaza el hecho mismo de tener discípulos o en la relación entre Aschenbach y Tadzio, los protagonistas de *La muerte en Venecia* de Thomas. Estamos, en todo caso, ante un análisis lógico, pues éxito y fracaso pueden darse en los mismos sujetos y a la vez.

“Maestros y discípulos” pasa por ser uno de esos raros ejemplos en los que la intención y el respeto a la forma, sugerente por su introducción de ejemplos literarios y filosóficos por

igual, acaban penetrando en el mensaje de fondo: la escritura se convierte en un cierto arte de seducción. Es un arte similar al que ejerce el maestro: el escritor aspira a serlo para sus lectores. Escritor y maestro quieren ser

ocasión para que surjan los discípulos, aunque en rigor nunca verán si esto ocurre. Tampoco llegarán tan lejos como los discípulos, pero habrán cumplido con un deber tan sagrado como secreto.

Federico Ocaña